

## Mi Salamanca

(Primer encuentro)

Escribe: EDUARDO CARRANZA

EN MADRID. - ABRIL DE 1952

...Hemos regresado después de una semana realmente mágica en Salamanca. Yo me sentí viviendo, otra vez, antiguos días de juventud, de iluminación y de delirio: en el sentido de vivir la vida como más de prisa en alegría, ilusión y belleza. En el sentido de recordar y descubrir a un tiempo. La ciudad de piedra dorada, como caída de la luna, a la que yo amo tanto, estaba en la plenitud de su vida universitaria. Nos llevaron de la mano del alma Antonio Tovar —el gran helenista que ahora rige “con cetro de insigne marfil” el claustro siete veces secular— y su bella, saladísima e inteligente esposa Consuelo. Antonio, que ríe como un niño, es un hombre profundo, ingenioso y dorado de nobleza. Toca el piano como un buen concertista (¡Oh, aquella “Sonata Aurora” en la estrellada noche salmantina, en la altamar de tierra de Castilla!). Y sabe llevar con absoluta sencillez una asombrosa multitud de saberes. Al mediodía y en la noche millares de estudiantes y estudiantas conversaban o cantaban en la Plaza Mayor. Al amanecer pasaban las rondas con sus canciones, acordeones y guitarras. Encontramos un grupo cordialísimo de amigos que nos atendía y acompañaba de la mañana a la madrugada. Como en Popayán. En el día veíamos, una vez más, la ciudad, la portentosa ciudad de Salamanca, la espiritual ciudad de Salamanca, que cantó don Miguel con su solemne y enjuta palabra:

*Alto soto de torres, que al ponerse  
tras las encinas que el celaje esmaltan,  
dora a los rayos de su lumbre el padre  
sol de Castilla;  
bosque de piedra que arrancó la Historia  
a las entrañas de la Tierra Madre,  
remanso de quietud. ¡Yo te bendigo  
mi Salamanca!...*

Ibérica, romana, arábica, gótica, castellana; pero, sobre todo, maravillosamente plateresca y renacentista, es decir alada, sensual y grácil, dentro de su sobria pesadumbre de piedra incandescente.

Si Santiago de Compostela, la del arzobispo don Gelmírez, es la ciudad de la teología y el ensueño medieval y el misterio de Finisterre y la Jerusalén de Occidente, si Toledo la de Carlos V es la ciudad de la política, el heroísmo y el Imperio, Salamanca la de Nebrija, fray Luis de León, Unamuno, Salamanca la de Melibea y los Reyes Católicos, es la ciudad de la cultura y, en particular, del Renacimiento. Posiblemente Sevilla, la ciudad de Mutamid y los Machado y los trovadores arábigo-andaluces, será la ciudad de la gracia, del ensueño arábigo, de la poesía y la melancolía.

Todo ha estado en Salamanca o todo ha pasado por allí. En un sentido de tensión, de anhelo cultural, quizás sean Florencia y Salamanca las ciudades más seductoras de Europa. Se llega por un puente romano sobre el Tormes: el Puente de las Legiones. A la entrada hay un inmenso y milenario toro ibérico de piedra. El toro contra el cual el ciego aporreó a Lazarillo. Luego la iglesia y convento de los caballeros franceses del siglo X, posada de los peregrinos hacia Compostela. Y la casa de Melibea. (Vuela el azor de Calixto. Y Melibea de ojos verdes, Melibea “mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre”, Melibea, loca de amor, sonríe con la mirada anegada de sedienta primavera y, arrobada, pasea por su afiebrado vergel...). Y la peña en donde se suicidaban los enamorados sin esperanza. Y el convento de San Esteban con su bellissimo claustro, de donde salió Colón, tras de discutir con los teólogos, y descubrir el huevo de Colón, a descubrir nuestra América. Y las dos anhelantes catedrales gemelas, gótica la una, romántica la más antigua. Y patios de indescriptible encanto, en particular el de la llamada Casa de las Conchas, del siglo XV, en gótico florido con aroma mudéjar. Torres y claustros y columnas, una portentosa acumulación de piedras insignes: fuertes y valientes piedras románticas, absortas piedras góticas, piedras platerescas, amorosas y llenas de gracia, rotundas y poderosas piedras castellanas. La piedra que sueña y enseña, y arde, y reza, y canta.

Por último, la Plaza Mayor, quizá la más bella de Europa, y esa maravilla sin comparación que es el pórtico de la universidad que, en unos cuantos metros de piedra labrada y bordada hasta el delirio, resume todo el 1500. Y en la universidad el aire sagrado donde enseñaron Nebrija, Vitoria, Melchor Cano, fray Luis de León, Unamuno y tantos otros de indeleble memoria. (En el aula de fray Luis, todavía como en el glorioso y rotundo mil quinientos, los toscos y duros bancos de madera a medio labrar en donde los estudiantes grababan con la punta de las dagas o escribían con las rotas uñas enamoradas los temblorosos nombres bienamados:

*“...Como en los troncos vivos de los árboles,  
de las aulas así en los muertos troncos  
grabó el Amor por manos juveniles  
su eterna empresa...  
...Allí Teresa, Soledad, Blanca o Pura:  
nombres que fueron miel para los labios,  
brasa en el pecho...”*

Durante ocho días recorrimos una y otra vez la ciudad, sabia y apasionadamente guiados por el profesor de Historia de Arte de la Universidad. Se llama Rafael Laínez Alcalá y es un poeta de parla fantástica, a ratos de estilo valleinclanesco. En la noche anduvimos casi siempre de fiesta y canción y vino rojo de Ciudad Rodrigo y Fermoselle, tomándole el sabor a la abigarrada vida estudiantil. Es justo anotar que dicté cuatro lecciones —conferencias, pedantescamente— sobre temas de poesía nuestra. Caro, Silva, Valencia, Castillo, Barba Jacob..., es decir ¡Colombia en Salamanca! Gran afluencia de gente joven. Hay un entusiasta grupo de hispanoamericanos. Entre ellos el joven poeta Eduardo Cote Lamus, de Pamplona, Santander —mi entrañable amigo desde los días de su alba de oro literaria—, quien hace su *Casa de la Troya*, y un curso de filología romántica. Bajo la sonrisa dichosa y como parpadeante le crece una barba en punta; para celebrar este nuevo encuentro ha escrito un poema de entonación muy hermosa y personal que tituló “A.E.C., bajo las campanas de Salamanca”.

Nos llevaron también, orillas del Tormes, a unos ocho kilómetros de la ciudad, al huerto de fray Luis, que está como entonces, oreado por el aire, y lleno de un maravilloso silencio, en el que solo se oye la voz delgada de un chorro de agua. También, allí, la casa en donde veraneaba el tierno y colérico agustino. Nada de museo, nada amañado para el turismo, nada artificioso ni sofisticado: huerto, empinada colina de susurrante follaje, llanada con álamos a la orilla del Tormes, viejo molino de piedra con el santo olor de la harina, casa y capilla de fray Luis, han seguido *viviendo* y los habitan gentes *naturales* de ahora, de tal suerte que no tienen ese perfil ya *fijo* y embalsamado de los monumentos oficiales.

(Mientras escribo tengo aquí, junto a mi corazón, al maestro fray Luis. En el umbral de “Los nombres de Cristo” nos habla así de su sereno y amado huerto de “La flecha”: “Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entramos en ella. Primero y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte; y corriendo y estropezando, parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca...”.

Hay allí, ya lo dije, una breve y tierna pradera, que bordea el Tormes, ancho, claro y espejeante. Triscaba un rebaño, cantaba el cuco en el mediodía primaveral, rumoreaban, músicos, los cencerros. El molinero y sus vecinos, también gentes *naturales* como personas del Quijote, nos invitaron a beber su vino en la bota y a comer su pan y su chorizo. Allí pensé que el Tormes es el río de Garcilaso. Que las suyas son las corrien-

tes aguas puras, cristalinas de la égloga inolvidable. Y que los árboles que se miran en ellas son los que han pasado a la eternidad del corazón en la poesía del suspirante caballero de Toledo. Y que por esta pradera debieron correr y danzar sus doradas ninfas y doncellas. Y que las subacuáticas grutas cristalinas, verde-azules, que habitan sus luminosas criaturas están en el Tormes, que no en el Tajo de Toledo, que es allí un río ronco, raudo, épico y ceñudo. Luego supe que por allí cerca estuvo Garcilaso, en Alba de Tormes, alojado en el palacio de su amigo el Gran Duque de Alba.

He olvidado contar que también está en Salamanca la casa en donde vivió su pasión delirante el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, el doncel que murió de amor. Y algo se respira allí como una trémula y amorosa melancolía.

En ese domingo del paseo al Tormes encontramos, de repente, a la precoz primavera de este año, casi desnuda todavía, apenas a medio vestir de flores de almendro, en el primer almendro florido del año. Un almendro, pequeño, femenino adolescente. Cortamos una rama y enviaremos una florecilla a Colombia para que se la ponga en el pelo.

También una hoja del huerto de fray Luis, de aquellas que, meneadas por el viento, daban “un manso ruido...”.

Quiero escribir aquí, en este día, a esta hora, en este lugar del mundo y de mi vida: España es hermosa y alegre, es dura, pobre y llena de honor. Tiene sol y pureza, pan, y orgullo, y vino e hidalguía, y olivos, y esperanza, y un cielo alto y libre, puro de parpadeante luz. Un día contaré despacio cómo es mi España. Pongo por ahora sobre mi corazón este sueño: el Sueño de una semana de primavera.